

La imagen del noble cortesano en la construcción del Estado-Nación

Manuel Rivero Rodríguez
(UAM-IULCE)

Hans Morghentau, asesor de Henry Kissinger, comentó en cierta ocasión que los servicios exteriores de los estados constituían el último reducto del Antiguo Régimen. El mundo liberal burgués nunca entró en los dominios de la diplomacia y las políticas exteriores de los estados nacionales, éstas siempre emplearon premisas predemocráticas y propias de los soberanos absolutistas: reparto de territorios y poblaciones, equilibrio, contrapesos, fronteras naturales... las opiniones de los individuos y la voluntad de las sociedades no contaban. Al terminar la Segunda Guerra Mundial el mundo fue objeto de reparto en esferas de influencia y dominio que recordaban al sistema copartícipe en el que los repartos de Polonia o el reparto colonial fueron hitos que todos recordamos. La suerte de muchas naciones se decidió durante las conferencias de Yalta y Teherán. Detrás del carisma que envuelve el mundo diplomático, del glamour de una vida cosmopolita, se hallaba la triste realidad de un dominio muy poco escrupuloso con los derechos del hombre, incluso en las formas de acción de estados democráticos.

Las relaciones internacionales estuvieron monopolizadas por una sociedad aristocrática, que vivía al margen del derecho ordinario, en una situación de privilegio, cuya distancia respecto a la realidad cotidiana había llevado al mundo al desastre, la guerra imperialista había estallado por problemas ajenos al hombre de la calle, por la aspiración a la hegemonía o por la preservación del principio de equilibrio. Arno Mayer, en su celebrado *La persistencia del Antiguo Régimen*, dibujó de manera muy precisa la continuidad de la Sociedad del Antiguo Régimen en la edad contemporánea, cómo las revoluciones burguesas sólo provocaron una aparente ruptura de la división estamental, las sociedades de clases constituyeron una convención historiográfica exagerada pues todo cambió para que esencialmente nada cambiase. No es que reviviera la manida máxima del príncipe de Salina pronunciada en un popular episodio de *El gatopardo* de Lampedusa, sino que seguía el juicio de Tocqueville que señalaba al Estado Burgués como continuador del absolutista, compartiendo más rasgos comunes de los que a los historiadores liberales les gustaría reconocer.

Es cierto que después de Napoleón las guerras de sucesión, aparentemente, desaparecen de escena, que la legitimidad dinástica no parece motivo de conflictos internacionales (aunque sí de guerras civiles, como las guerras carlistas en España). Tras la desaparición del sistema dinástico en el siglo XIX el sistema resultante no estuvo regido por los principios de racionalidad sino por la transferencia del sentido de propiedad del soberano a la nación y esa transferencia provocaba fuertes contradicciones porque los Estados Nación se construían sobre las propiedades de los reyes y no sobre las naciones propiamente dichas (pues éstas no tienen una dimensión territorial sino cultural, en buena parte de Europa la homogeneidad es excepción y no es norma, las naciones viven mezcladas o intercaladas en un mismo espacio geográfico). Los vasallos de un señor se transformaron en ciudadanos. Así que

nos hallamos ante una contradicción interesante. Los nuevos estados que se crean en Europa en el siglo XIX son monarquías que estarán regidas por los vástagos de las monarquías preexistentes. Estas nuevas monarquías, Grecia, Bélgica, Holanda, Rumanía, Bulgaria, Italia... crearán nuevas noblezas o adaptarán las viejas, dispondrán de un espacio cortesano y tratarán de situarse en el nivel de sus “hermanas mayores”, siendo causa de incesantes conflictos. Curiosamente, la ola de nuevos estados que se crearon al finalizar la I Guerra Mundial fue más bien republicana, pero no podemos entender la Historia del siglo XIX sin atender las aspiraciones dinásticas de las casas de Saboya (que incorpora Italia siguiendo la estrategia dinástica saboyana de la alcachofa, “il carcioffo”), Hohenzollern (no sólo en la propia Alemania, una rama de la casa se mantuvo en el trono rumano entre 1859 y 1947), Wittelsbach (en Baviera como también en el trono griego entre 1833 y 1862, reemplazada por la Casa de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg entre 1863-1974), Battenberg (en Bulgaria en 1879), Sajonia-Coburgo-Gotha (en Bélgica y también en Bulgaria), y aunque son casos que deben matizarse, Orange-Nassau en Holanda (desde 1815) y Glücksburg en Noruega (desde 1905)¹.

Así, en el siglo XIX el despertar de las naciones pasó por una solución dinástica. Las aristocracias mantuvieron su situación de privilegio al servicio del Estado y cabe recordar que los duques de Osuna, Alba o Medinaceli, mejores o peores diplomáticos, con más o menos capacidad, sin cambiar sus mentalidades en lo más mínimo, perpetuaron la diplomacia clásica, aquella que en los manuales se sitúa en 1918. Como es notorio, los tratados de Versalles y Trianón abrieron la puerta a la creación de un reino (Yugoeslavia) y de un nutrido número de repúblicas: Alemania, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Finlandia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Turquía... por no hablar de Irlanda o la Unión Soviética cuyo nacimiento es debido a razones diferentes. Así pues, el prestigio de la carrera diplomática estuvo ligado a la aristocracia, las escuelas diplomáticas fueron apreciadas como centros de formación de nobles. Todas ellas se fundaron sobre el modelo de la Academia Política establecida por Colbert de Torcy en 1715 para proveer de una formación destinada a dirigir con el rey los asuntos de Estado. Así, la aristocracia, mejor formada, poseedora del conocimiento, ocupaba naturalmente la dirección económica, militar y política de la sociedad. La academia de Estrasburgo, creada en 1735 sobre dicho modelo, traspasó las fronteras de Francia, transformándose en el centro donde se formaron las élites de gobierno europeas, desde España hasta Rusia. La sociedad internacional resultaba así una buena sociedad, cosmopolita, con una lengua común (el francés). Nobles suecos, italianos, prusianos, austríacos, húngaros, rusos etc... entraban en comunicación, estrechaban amistades entre sí e intercambiaron información. La Europa inmediatamente anterior a la Revolución Francesa tenía en su cúspide una sociedad cosmopolita, transnacional e integrada a la sombra de la “sociedad de los príncipes”. Cualquier persona acostumbrada a la lectura de la gran literatura decimonónica puede apreciar la fuerza de esta cultura, Tolstoi en *Guerra y Paz* dejó constancia de ello utilizando el francés en un plano narrativo preferente. Los oficiales franceses, austríacos, rusos o prusianos compartían gustos, lecturas e ideas, compartían ideales, como el

¹ Todos estos datos pueden consultarse en H. Capelli, *Cronología, cronografía e calendario perpetuo*, Milano, Ulrico Hoepli, 1987.

La cultura nobiliaria en la Edad Moderna

honor (y el duelo como manifestación de un honor militar que es esencialmente aristocrático) que contrastará vivamente con los oficiales y estados mayores de los conflictos posteriores a 1918.

Lecturas recomendadas

-M.S. Anderson, *The rise of Modern Diplomacy (1450-1919)*, London, Longman, 1993.

-Lucien Bély, *L' invention de la diplomatie: Moyen Âge - temps modernes*, Paris, PUF, 1998.

-Arno J. Mayer, *La Persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la gran guerra*, Madrid, Alianza, 1987.

-Hans Morgenthau, *Escritos Sobre Política Internacional / Writings About International Politics*, traducción Esther Barbè, Madrid, Tecnos, 1990.

-Manuel Rivero, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 2000.

-Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la revolución (2 vols.)*, Madrid, Alianza, 2004.